

CAMINO A JERUSALÉN

Algo presentía Jesús cuando, cediendo a invitación de sus discípulos, les anuncia: ¡“**Vayamos a Jerusalén**”! E iba delante, decidido, ¡tantas veces se lo habían pedido los discípulos! Pero ahora les daba miedo. Mc. 10, 32.

No sé lo que pensaría Pedro cuando dijo: ¡Vayamos, y muramos con Él!

Pues ahora Jesús le daba la posibilidad. ¡Qué frágiles nuestras pretensiones!

Jesús en Jerusalén hará una dura denuncia.

1.- Jesús es aclamado al entrar en Jerusalén. Mc. 11, 1-11.

2.- Se dirigió al Templo y observó todo a su alrededor.

3.- Había tomado la decisión al observar lo que ocurría, pero como era tarde, se fue a Betania a pasar la noche.

Ya sospechaba que las cosas no funcionaban como su Padre y los profetas reclamaron siempre. No había espíritu, sólo formas externas.

4.- De regreso a Jerusalén, maldecirá a la Higuera estéril. Era el signo de su pueblo.

¿Somos nosotros higuera estéril? ¿Soy yo esa higuera?

5.- Se dirige de nuevo al Templo y lleno de ira echa a los vendedores de las ofrendas y derriba mesas de los cambistas de moneda.

Mi casa es lugar de oración “para todos los pueblos” y la han convertido en un negocio para los que “se han adueñado de las llaves del reino.”

No accederá a justificar su acción, cuando los sacerdotes y maestros de la ley le preguntan ¿con qué autoridad haces eso? Mc. 11, 27-33.

Se siente Señor y responsable del Templo de su Padre.

Ha muerto el Templo. Ahora Él se proclamará templo de Dios

“Destruyan este templo y lo reedificaré en tres días.”

Tocó el punto más sensible: el Templo, signo de la presencia de Dios sobre su pueblo.

A Jeremías lo acusaron de predecir su destrucción. El pueblo había preferido alianza políticas a fidelidad a la Alianza.

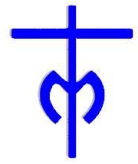
Tuvo que sufrir el destierro.

Desde ahora, Jesús es el Templo. Había dicho a la Samaritana: Ya no adorarán a Dios en Garicín ni en Jerusalén; Dios es espíritu y se le adora en Espíritu y en verdad.

Ya no hay duda. Nos dice Marcos: “Buscaron la manera de detener a Jesús con astucia para matarlo”.

Jesús vive estos días con dolor.

Fue violenta aquella su última semana en Jerusalén. Había ido a celebrar la Pascua y Él se convertiría en la última, auténtica y definitiva Pascua.



Al anochecer, caminaba hasta Betania para hacer noche donde su amigo Lázaro y sus hermanas, Marta y María. Si hacía buen tiempo, dormirían bajo algún olivo en Getsemaní. En el camino, uno de aquellos atardeceres y contemplando la ciudad, Jesús había llorado: ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas! ¡Cuántas veces quise cobijarte bajo mis alas como la gallina cuida de sus hijos, pero no has comprendido el camino que lleva a la vida! Mt. 23, 37-39.

Mi Padre plantó una viña, lleno de ilusión esperando abundantes frutos. Se la encargó a unos labradores, pero en vez de hacerla producir, se adueñaron de ella, expulsando y asesinando a los enviados del Padre. Envió a su propio Hijo, pero tampoco lo respetaron. Mc. 12, 1-12.

¿Sigue Jesús siendo el dueño de esta viña, su Iglesia, o nos hemos adueñado de ella nosotros, los curas?

Jesús recibe una comisión de fariseos y herodianos para hacerle caer en una trampa. ¿Hay que pagar impuestos al César? Mc. 12, 13-17.

Jesús ni conocía la moneda. No era su mundo el del dinero. Ellos deben responder de un sistema en el que se han metido y del cual se aprovechan. Jesús había preferido vivir en la libertad de los pobres, fuera del sistema explotador de Roma y los ricos. Ustedes se han aprovechado del César: den al César lo que es del César”. Mi proyecto es el Reino de Dios. A Dios lo que es de Dios. También el César deberá responder ante Dios.

Ya le habían advertido para meterle miedo y espantarlo: “Herodes te busca para matarte”. Jesús sabe de dónde vienen esas amenazas y responde: Díganle a ese zorro que hoy y mañana seguiré mi camino. El tercer día es el del poder del demonio. Lc. 13, 31-33.

¿Qué actitud tengo ante el sistema liberal que nos aprisiona? ¿Cómo participo de él?

LA CENA DE PASCUA:

Esta Pascua podía ser la última. Una Pascua de profunda alegría, sería celebrada con tristeza.

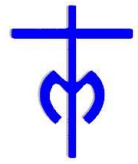
“Los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley, andaban buscando el modo de arrestar a Jesús con engaño y darle muerte. Pero decían: durante la fiesta no; no sea que el pueblo se amotine”. Mc. 14, 1-2.

El 14 del mes de Nisán, con la luna llena, nuestros padres atravesaron el Desierto y el mar de los Cañaverales para alcanzar la libertad.

¿Qué ha pasado con mi Pueblo? ¿Seguimos en Egipto esclavos de las ollas de carne? ¿Preferimos el dinero a la libertad?

¿Qué pasa ahora con su Pueblo y nuestro pueblo, la Iglesia?

Fue una Pascua triste aquella. Los discípulos no entendieron casi nada de lo que suponía aquella Buena Nueva del Reino por la que Jesús sanó toda enfermedad y dolencia y agotó sus fuerzas y su vida. Era un fuego ardiente que ansiaba encender toda la tierra. Los discípulos no habían abandonado las esperanzas de poder. En ese duro camino hacia Jerusalén, Santiago y Juan, sueñan con los primeros puestos. “Queremos que nos concedas, cuando estés en el poder, que uno esté a tu derecha y otro a tu izquierda.” Mc.10, 35-38.



Estaba completamente decepcionado. Conocía la ambición de los sacerdotes y maestros de la ley. No los imiten. “Buscan puestos de honor en las sinagogas y los primeros lugares en los banquetes. Estos, que devoran los bienes de las viudas con el pretexto de largas oraciones”...Mc.12, 39. Pero sus discípulos buscaban lo mismo.

¿Está Jesús decepcionado de mi forma de vida?

Jesús declara su tristeza: uno de ustedes, que come en el mismo plato conmigo, me traicionará. Y comer en el mismo plato era signo de elección, de privilegio, de amor. El presentimiento, ahora, es claro. Uno de los elegidos para restaurar el Reino del Padre, lo entregará y por dinero. Ha podido más el dinero, Mammón, que el amor y la misericordia de Dios, manifestada en Jesucristo. Jesús tiene el sentimiento de un fracasado. Pero el amor de Dios que lo llena en plenitud, despierta su esperanza. Sigán recordando, les dice, los momentos hermosos de nuestra vida comunitaria. No olviden las profundas alegrías de la evangelización y la solidaridad.

Cuando coman este pan, háganlo en memoria mía.

He sido como un pan entregado por amor a mi Pueblo. Este pan es mi cuerpo, mi vida entregada. Hagan con los pobres, los mismos signos de amor que yo hice. Coman este pan haciendo memoria de mi amor por los abandonados de mi pueblo. No se olviden que la misericordia de mi Padre es infinita. Hoy renueva la Alianza con mi sangre, simbolizada en este vino, la Nueva y eterna Alianza de amor y fidelidad. Yo me haré presente en este pan y en este vino. No los abandonaré. El Espíritu del Padre y el mío los acompañará siempre.

Se hizo un gran silencio. Judas salió de la cena a la oscuridad de la noche.

Mi muerte es inminente. Pero no se inquieten. Voy a prepararles un lugar, para que donde yo esté, estén ustedes conmigo. En la casa de mi padre hay lugar para todos. Jn.14, 1-3.

No los dejaré huérfanos. Les enviaré mi Espíritu y el de mi Padre, que será su fortaleza y consuelo. Jn. 14, 15-17.

Yo soy la vid y ustedes las ramas. Unidos conmigo darán mucho fruto.

Mi Padre los ama tanto como me ama a mí. Permanezcan unidos en el amor. Jn. 15.

Ahora están tristes porque les he dicho que me voy. Pero les enviaré mi Espíritu para llenarlos de alegría. La alegría casi siempre está precedida de momentos de dolor, como la de la madre embarazada. Pero luego viene la alegría de haber dado un hijo al mundo.

Volveré a ustedes y les llenaré de una alegría que nadie les podrá arrebatar.

Jn. 16, 16-24.

Jesús, después de dar gracias al Padre por la libertad de su Pueblo, se dirigió al huerto de Los Olivos. Allí habían alojado en las noches de primavera. Hoy expresaba su angustia y su soledad al Padre. Se encuentra solo. A cien metros duermen los discípulos, acaso agobiados por la tristeza. Ya no es Jesús el profeta milagroso y fuerte. Es el hombre, agobiado por la tristeza y la soledad.

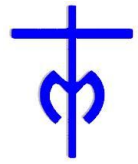
“Padre, aparta de mí esta angustia que me ahoga; pero que se haga tu voluntad y no la mía.” Para eso me elegiste.

Los discípulos duermen. Parece que el cansancio les oculta el rostro amable de Jesús, su energía servidora, su libertad, su misericordia.

El silencio de esa noche se ve interrumpido por el tropel de sicarios que buscan a Jesús.

“El que yo bese, ese es.” Será la señal de Judas.

¿”Con un beso entregas a tu amigo”?



Todos se dispersaron por miedo o le siguen de lejos y con disimulo. Todo ha ocurrido más rápidamente de lo que podía pensar Jesús. Los mismos sacerdotes habían dicho: no lo aprememos en las fiestas. Se puede provocar algún disturbio. Mc. 14, 2.

LA PASCUA CRISTIANA:

Pero no pasa nada. Jesús es apresado sin defensa como cualquier pobre de nuestro pueblo. Así lo declaró ante Pilatos: Si fuera rey a tu manera, mis tropas me defenderían. Pero así no se construye el Reino.

Así son apresados los pobres de nuestro pueblo ¿Qué hacemos por ellos?

Es la noche del jueves. La luna llena iluminaba las atrocidades del corazón humano. En el tribunal del Pueblo de Dios se van a manejar las causales de muerte que deberán presentar ante Pilatos:

- Ha dicho: destruiré este templo.
- Viene revolucionando el pueblo desde Galilea. Se proclama Rey.

Pablo escribe con tristeza sobre sí mismo: **Todos me abandonaron en el juicio.**

Ya había anunciado Jesús: No se considere el discípulo más que su maestro.

Jesús aparece ante la autoridad romana agobiado por una noche de soledad, de insultos y vejaciones. El pueblo que lo buscaba para que sanara a sus enfermos, ahora grita. **¡Crucifícalo!**

Pilatos se deshace de uno más: Escriban la causa de su muerte: **Rey de los judíos.**

Así protegía sus espaldas ante la autoridad superior: “Lo que hice fue proteger al jefe”, se diría Pilatos para dormir tranquilo.

Pedro acusará a los sacerdotes: **“Crucificaron al Santo y al Justo por manos de paganos”.** Hech. 2, 23. Entonces, Pedro era ya otro hombre.

Ahora, sólo un grupo de mujeres agradecidas que intuyen la belleza y la bondad de aquel corazón, lo acompañan en la muerte.

El capitán romano, a cargo de la crucifixión, descubrirá al verlo morir: “Ciertamente éste era hijo de Dios.”

Los sacerdotes y maestros de la ley interpretan el macabro momento de otra manera:

Ha sido crucificado por ser un profeta falso que engañaba al pueblo. Si fuera Hijo de Dios, hubiera venido a salvarlo. ¿No dice que salvó a otros? Que se salve a sí mismo.

Jesús, misericordia de Dios, ora: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”.

Y tiene la fina sensibilidad para acordarse del dolor de su Madre:

- Mujer, ahí tienes a tu hijo. Él sabrá amarte y cuidarte como yo.

- Hijo, ahí tienes a tu madre. No la abandones.

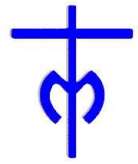
Desde entonces, Juan y la Iglesia, la recibieron en su casa, como Madre y memoria de Jesús.

El abandono lo atenaza y reza el salmo de la angustia:

“Dios mío ¿Por qué me has abandonado”? Mc, 15, 34.

Y se consumó la destrucción del Templo, el auténtico Templo que es Jesús. “Pero al tercer día, resucitaré”.

El velo de separación del templo, se rasgó. **“Ya no hay judío ni gentil, esclavo ni libre, todos somos un solo pueblo de Dios, escribirá Pablo.**



En el templo de Jesús, no hay divisiones entre buenos y malos. Somos todos amados de Dios.

Algunos muertos, resucitaron, pues Jesús es la resurrección.

Jesús de Nazaret, fue levantado, (resucitado) como el nuevo Templo.

Ahora, Jesús es la Ley y el Templo.

¿El derecho, la norma o Jesús?

Los lugares de culto, son espacios de encuentro nada más. Pero el Templo es Jesús. En Él nos encontramos con Dios, con la ley, con la vida, con la esperanza, con la meta. Jesús es el camino, la norma, el Reino y la Iglesia.

Jesús es el constructor de la Iglesia, de las comunidades. Lo es por su Espíritu que nos prometió y nos envió.

Jesús cumpliendo su promesa de regresar:

- se acerca a la Magdalena **que lo buscaba** como a su amado;
- a los dos **que caminan desanimados** a Emaús;
- a los once **que se reúnen para recordar** los momentos felices vividos en Comunidad.
- a Tomás **que le embargan las dudas** y corre el peligro de perderse en la Soberbia.
- a los discípulos **que les une la amistad** y salen a pescar, para vivir y seguir esperando.

¿Por qué buscan entre los muertos al que es el viviente?

Jesús resucitado los reúne, los conduce al monte, donde tantas veces oraron y los envía:

Hagan discípulos míos de todos los pueblos y enséñenles a vivir como yo he vivido en el servicio de mis hermanos. Estaré siempre con ustedes. Mt. 28, 16-20.

Por el Espíritu, ha nacido la comunidad de hermanos. Hoy la llamamos Iglesia. Para que sea fiel, Jesús debe ser el modelo, el camino y la meta de nuestra vida. La norma suprema para nuestra vida, es su persona. Jesús, su Espíritu es el Pastor y el Maestro de la Iglesia.